

ExpansiónDIRECTO

Documentación

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA

Conflicto, cooperación e incentivos

Por Salvador Barberà, en FIRMAS, en EXPANSION, de 26-03-2003

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA

Análisis de las relaciones de conflicto y cooperación entre los pueblos tratando la guerra de Irak.

El ataque a Irak me pilla en plena lectura de "Guns, Steel and Germs", una reflexión sobre las causas del dominio de determinadas sociedades sobre otras a lo largo de los últimos dieciséis mil años de historia.

Su autor, Jarred Diamond, evita cuidadosamente cualquier tesis supremacista, poniendo simplemente énfasis en las circunstancias económicas, geográficas y sociales que, en cada momento, permiten a ciertos grupos destruir, dominar o absorber a otros, mediante el uso deliberado de la fuerza y bajo las restricciones impuestas, de manera hasta ahora exógena, por las enfermedades propias de cada entorno.

Desde esta óptica global, pues, no ocurre nada excepcional. Hace más de dieciséis mil años que la violencia rige las relaciones humanas, y quien puede ejercerla la utiliza en el modo que considera más favorable.

Quienes nacimos en España justo después de la Segunda Guerra Mundial, hijos de recién vencidos en la guerra civil hemos podido creer, durante años, en una tendencia nueva y excepcional de la historia reciente, en la posibilidad de un progreso humano basado en la solidaridad y en la razón. Partiendo de la miseria económica y moral de la España de los años cuarenta, uno ha podido sentirse parte durante años, aunque fuera localmente, de un tren en progreso lineal hacia mundos regidos por otros principios. De las esperanzas de los sesenta pasamos al orgullo compartido por una transición de la que se podía presumir en el mundo, y a la integración en una Europa nacida del rechazo a repetir los errores seculares del enfrentamiento fratricida, todo ello dentro de una sociedad que se hacía laica y tolerante de manera acelerada.

Sin duda, esta óptica limitada en el espacio y en el tiempo pecaba de estrecha, al menos en dos sentidos. En cuanto al tiempo, por considerar como lineal y ascendente un camino que seguramente, como también deberíamos saber, sólo formaba una pequeña parte del discurrir cíclico de las sociedades. En cuanto al espacio, por olvidar que, si ensancháramos nuestra visión, pronto podríamos recuperar la visión violenta y no lineal de las relaciones humanas. Sin apelar a tiempos pasados ni a fenómenos más complejos, hemos asistido a la emergencia y aparente desaparición, en poco tiempo, de torturadores y genocidas en distintas partes del globo, incluidos países tan próximos como el Chile y la Argentina de los años setenta, o los Balcanes de los noventa. Haberse sentido parte de un mundo distinto podría no ser sino miopía y autocomplacencia en un ciudadano normal, y pura incompetencia en quien, además, cultiva las ciencias sociales.

Es posible que una visión optimista del futuro, basada en la esperanza de que el progreso material e intelectual puedan romper la lógica de la fuerza, resulte descorazonadoramente ingenua. Como nos recordaba a los europeos hace poco un colega israelí, la hipótesis de que el estado natural del ser humano es la felicidad no concuerda con la evidencia. Lo normal es pensar que estamos en un rincón cualquiera dentro del gran friso histórico de dominación y violencia que nos ofrece Diamond.

Desde luego, no basta con expresar deseos de que las cosas fueran de otro modo. Hay que contar con la fuerza como argumento, e incluso preocuparse de que las enfermedades no se conviertan en armas más deliberadas de lo que fueron en el pasado. No está nada claro que la inteligencia, el progreso o la decencia estén con el fuerte, ni tampoco con el débil. Y aun así quiero creer en la posibilidad de ofrecer una alternativa esperanzada y no ingenua para desarrollos históricos más basados en la cooperación, la fraternidad y la convivencia. Para ello habrá que demostrar que las condiciones de nuestro mundo son tales que es ventajoso para quien detenta el poder ejercerlo de acuerdo con aquellos principios, porque le resultará más rentable vivir en una sociedad cooperativa que destruir y conquistar. No estoy seguro de que hayamos dedicado esfuerzos suficientes a contrarrestar la visión fatalista que se desprende de aplicarnos la misma lógica que ya regía las conquistas bíblicas, aportando razones que justifiquen que, hoy, un mundo más cooperativo sería un mundo más rentable. Y me parece importante argumentar esta posibilidad, porque es la única esperanza de que se superen aquellas formas de hacer que han prevalecido bajo condiciones más precarias para la humanidad. Si no hay nada nuevo en nuestra sociedad global que justifique una realineación de los incentivos del poder, habrá que seguir aceptando la fría evidencia de la historia.

Argumento intelectual

No bastará con un argumento intelectual, pero nada hay que hacer sin él. Faltos de convicción acerca de las ventajas de la cooperación, Estados Unidos ha ido dejando de lado a presidentes ilustrados, con proyectos de mejora social, y reiterando la elección de individuos que avergüenzan a mis mejores amigos americanos. Hay millones de americanos con los que compartir proyectos e ideales, y una de las mayores aberraciones de este momento sería confundir al país que sin duda tiene hoy la fuerza con el proyecto de sus actuales dirigentes. Es imprescindible que los intereses de los ciudadanos y de las empresas de aquel país puedan verse identificados con formas de hacer donde la solidaridad juegue un mayor papel. Si la solidaridad no es buena para Estados Unidos, no será, al menos por un buen tiempo. También aberrante sería confundir los intereses de España con los de nuestro presidente del Gobierno, quien como nadie ha contribuido, y sigue contribuyendo, a la destrucción de la solidaridad en que se basó la transición. No es aberrante, en cambio, sino realista, pensar que el estilo de estos dirigentes, y las convicciones a las que sirven, tengan muchas bazas para prevalecer. Existe un cuerpo teórico sólido, y amplias evidencias en la práctica, para sostener que somos como hace dieciséis mil años. A quienes, desde nuestra probable miopía, nos gustaría creer que se dan condiciones para que rijan nuevas relaciones entre las personas nos toca argumentarlo bien primero para después convencer al poder de que es rentable cambiar de estrategia. De momento, sólo la desolación de las postguerras o el equilibrio del terror han llevado a levantar proyectos solidarios, que se ponen en cuestión tan pronto como cesa la necesidad o disminuye la amenaza. Habría que averiguar si existen bases más positivas para sustentar el papel de la cooperación como método beneficioso para el poder, y convencer de que sus beneficios aconsejan abandonar otras prácticas.

www.expansiondirecto.com/firmas/barbera

Universitat Autònoma de Barcelona

Temas: SOCIEDAD

